

y desparrama por el bajo suelo. Ya desde antes del sitio se preveía un mal resultado por la falta de precaución, la escasez de recursos y la excesiva confianza en las propias fuerzas, hija de recuerdos gloriosos á todas horas evocados, y que suelen ser altamente perjudiciales, porque todo lo que aumenta la petulancia, lo hace quitándose al verdadero valor. Lo que habían preparado las discordias, la impremeditación y la soberbia, rematólo la excesiva prudencia de autoridades timoratas, que además de no ver dos palmos más allá de sí mismas, no comprendieron que la capital no debía rendirse con menos aparato que la última aldea de Castilla. La presencia de Napoleón traía á aquellos pobres señores muy azorados, y tanto se preocuparon de sus togas, de sus posiciones, de sus fajas y de sus sueldos, que con todas estas telarañas ante los ojos, era imposible que pudieran ver otra cosa.

## XIX

Dióse orden de que los cuerpos ocuparan sus primitivas posiciones, y partí otra vez á los Pozos, contemplando por el camino el espectáculo de Madrid abatido y desilusionado. En algunas partes, escenas de escandalosa protesta contra las autoridades, y amenazas y gritos: en otras, vergonzoso silencio y raras manifestaciones de la general angustia.

Cuando llegué á la Puerta de los Pozos,

los soldados y voluntarios estaban en actitud un tanto sediciosa. El Gran Capitán, que continuaba en el jardín de Bringas, no quería creer la noticia de la próxima y ya inevitable capitulación.

—Gabriel—me dijo,—eso que cuentan no puede ser cierto, y sin duda es alguna estratagemata de D. Tomás de Morla. ¡Cómo se miente! ¿Crearás que unas desvergonzadas mujeres llegaron aquí diciendo que el Prado y media calle de Alcalá estaban en poder de la Francia? Me dió tal enfado, que si no estuviera mi mujer entre las que tal insolencia decían, las habría atravesado de parte á parte.

No quise darle un disgusto, y callé.

—Aquí hemos tenido un combate terrible—continuó.—Se atrevieron á acercarse, y esa compañía de voluntarios salió y les hizo tan terrible fuego que no han vuelto á asomar las narices. En tan grande acción, no tuvimos más que cinco muertos y once heridos.

Ví, en efecto, que Pujitos se ocupaba en acomodar estos últimos en las casas inmediatas con auxilio del generoso vecindario, y que en torno á los cinco primeros una multitud de mujeres entonaban estrepitoso miserere de imprecaciones y lamentos. En las cuatro puertas septentrionales no había ocurrido otra lucha importante que aquella que Fernández me refería.

El cual prosiguió así:

—Pensar que aquí nos rendiremos, es pen-

sar en lo imposible. Ríndase todo Madrid, mas no se rendirán los Pozos. ¿No es verdad, muchachos?

Los *muchachos*, sentados en el suelo del citado jardín, y á la redonda, despachaban unas sopas, acompañados de mujeres y chiquillos; y con tanta gana comían, y tal era su pachorra y tranquilidad, que no me parecieron dispuestos á secundar los gigantescos planes del portero de la oficina de Cuenta y Razón. Antes bien, el uno con su reumatismo, el otro con sus toses, y aquél con sus escalofríos, tenían cara de satisfechos por el fin de una aventura que empezó con visos de ser broma pesada.

—Pues si está de Dios que nos rindamos, nos rendiremos—dijo un bravo, que lo menos tenía á cuestras sesenta años y pico.

—Hemos hecho todo lo que exigía el honor. No es posible más—dijo otro.—Cuando los jefes han acordado la rendición, ya sabrán que es imposible resistir.

—Yo—añadió un tercero,—he cumplido con mi deber. Lo menos he disparado tres tiros.

—Y yo, aunque no he disparado ninguno, le cargaba la escopeta á aquel soldadillo del bigote rubio.

—Esto no se puede oír—exclamó bramando de ira D. Santiago.—Pero ¿qué se puede esperar de unos hombres que se ponen á comer sopas, cuando tenemos á cien varas de nosotros al vencedor de Europa? ¡Fuera de aquí, almas de mazapán, cuerpos momios y

sangre de arropel! ¿De qué os valen esas canas que estáis deshonrando? ¿De qué vuestros años, hasta ahora no envilecidos? ¿De qué el haber asistido á aquellas gloriosas campañas?... Nada, lo dicho, dicho. Se rendirá Madrid; pero no se rendirán los Pozos.

—Mira, marido mio—dijo á esta sazón doña Gregoria, que en unión de las otras vecinas había venido con un canastillo y algo de bebida para D. Santiago,—ya has cumplido con tu deber; ya te has portado como un valiente, y tañ es así, que por todo Madrid aadan contando las hazañas que has hecho, y hasta el capitán general dicen que echó un discurso poniéndote por modelo de los buenos patriotas. Basta ya, y puesto que todo se acabó, y no hay más guerra por ahora, no seas testarudo. ¿Qué vas á hacer tú solo?

El Gran Capitán no contestaba, y paseo arriba, y paseo abajo, con el arma al brazo, atendía tan sólo á sus agitados pensamientos.

—Dejémonos de tonterías, marido mio—añadió doña Gregoria,—y vamos á despachar este cocidito y esta botella de vino. ¿Acaso puede Napoleón decir que te ha vencido? Eso no, porque buen cuidado tuvo de no asomar por aquí; que si tú lo llegas á coger...

—Quítate de mi vista, vete de aquí—exclamó de improviso el veterano;—y no me seduzcas con tu cocidito y tu bebida, que no soy hombre que se entrega á la molicie en días de peligro. Afuera los cantos de sirena,

y las seducciones del amor y los ricos manjares. No como: he dicho que no como y basta. He dicho que no volveré á mi casa venido, y no volveré. Se rendirá Madrid; pero yo no me rindo.

—¡Hay hombre más cabezudo!

Entonces el gran Capitán llamó á su mujer, y llevándola aparte conmigo á un rincón de la huerta de Bringas, que era donde estábamos, le habló así muy gravemente:

—Señora doña Gregoria Conejo, ¿cuánto hace que nos casamos?

—Cuarenta y cinco años, tres meses y nueve días, si no cuento mal—respondió absorta la anciana sin comprender en qué pararía aquello.

—En estos cuarenta y cinco años, tres meses y nueve días, ¿le he dado algún disgusto á la señora doña Gregoria Conejo?

—No, marido mío—respondió algo conmovida.

—Pues bien: si le he dado alguno, le ruego que me lo perdone, y está dicho todo.

—Tú estás loco, Santiaguillo. ¿A qué dices esas necedades?

—¿Tiene usted alguna queja de su marido?

—Yo no; y como él no la tenga de mí...

—Pues por mi parte—dijo el Gran Capitán con alguna emoción,—yo le digo á doña Gregoria Conejo que la quiero hoy lo mismo que el día que nos casamos, y que todavía me parece tan guapa, tan mona y ta salada como cuando éramos novios, y que no tengo

ninguna queja de ella, más que la de no haberme dado hijos, lo cual en verdad ha sido voluntad de Dios.

—Sí, niñito mío—respondió la vieja;— ¿pero á dónde va tanto hablar?

—Esto va á que te retires y me dejes, porque sino, reñimos por primera vez. Pero te has de ir perdonándome todo agravio que te haya hecho en el discurso de nuestra común vida. En mi testamento te dejo todo lo que poseo, que no es mucho, y además de las ocho misas que dejo mandadas, harás que me digan otras ocho. Y quiero que me entierren con mi lanza y con los dos reales que me dió D. Luis Daoiz, cuando le llevé las botas á la calle de la Ternera, y basta ya de palabras.

—¡Ay, Santa Virgen de Maravillas, que mi marido está loco y se quiere matar!—exclamó doña Gregoria, echándole los brazos al cuello.—Santiaguillo, no digas tales simpatías... ¿Me quieres dejar viuda? ¿Qué es eso de testamentos y misas?

—He dicho que si Madrid se rinde, no se rendirán los Pozos, y si los Pozos se rinden, no se rendirá el jardín de Bringas—afirmó secamente el anciano, deshaciéndose de los brazos de su esposa.—¡Atrás, seductora; atrás, sirena; atrás, flaqueza de mi valor!

—¡Bárbaro, animal!—dijo llorando la buena mujer.—¡Este pago me das, así tratas á la que te ha querido tanto! Si fué ayer cuando nos casamos, y me parece que te estoy viendo venir con tu gorra de cuartel, tan

tos angelitos engendraron los matrimonios de un siglo, estaban allí haciendo de las suyas. Allí viérais el correr, el atropellarse, el darse de coscorrones, el cantar y gritar, el batir palmas, el tirar coces, el correr y dar vueltas, arremolinándose en torno de mi amigo, cuyas piernas por largo tiempo estuvieron sin movimiento en medio de aquel zumbador enjambre.

—Tantas muestras de afecto, señores—dijo al fin,—me conmueven, y no las puedo considerar sino como una prueba de lo bien acogida que ha sido en Madrid mi conducta. Pero digan ustedes por ahí, que el cumplimiento del deber no merece alabanzas, pues éstas sólo son para lo extraordinario y heroico. Mi deber es defender este sitio, y le defenderé. Con que basta ya de aclamaciones y aplausos.

¡Pero que si quieres! ¡Buena familia era aquella para hacer caso de amonestaciones! Fué preciso que uno de los jefes diera orden de echarlos afuera, y aún así costó trabajo librar á D. Santiago de tan ruidosa ovación. Además, quiso nuestro coronel que todas las personas extrañas desalojaran el recinto fortificado, y al fin no sin esfuerzo hicimos salir á las mujeres, inclusa doña Gregoria, que se fué llorosa y entristecida, encargándome que no perdiese de vista á su buen marido.

No sé si he dicho que por los Pozos había pasado poco antes á caballo D. Tomás de Morla, camino de Chamartín, donde el corso tenía su cuartel general. Largo rato duró la

conferencia con el emperador, porque el regreso de Morla fué muy tarde, y por cierto que al vover, su rostro demudado y tenebroso demostraba que en la entrevista había habido sapos y culebras. Aquel gigante con corazón de niño fué tratado por Napoleón como un muchacho de escuela. Después se supo que el vencedor le puso cual no digan dueñas, sacándole á relucir el haber permitido que no se cumpliera la capitulación de Bailén, y amenazándole con fusilarle á él y á sus tropas si la población no se rendía antes de las seis de la mañana del día siguiente.

La tarde pasó sin ningún acontecimiento militar digno de contarse. Los franceses ocupaban sus posiciones sin hacer fuego, y nosotros, seguros de que todo se daría por concluído, estábamos también quietos y en expectativa. La agitación en el interior de la villa, persistía; y según oí, numeroso gentío, nada tranquilo por cierto, llenaba la Puerta del Sol, con la atención fija en la casa de Correos, residencia de la junta.

Rendido de cansancio, el gran Pujitos tendióse en el suelo junto á mí, y me dijo:

—Ya esperaba yo esto que ha pasado. ¿No te dije que los traidores iban á vendernos á los franceses?

—Más que á la traición—respondí con mucha tristeza,—debemos atribuir este mal resultado á la falta de recursos para la defensa.

—¿Qué?—exclamó el héroe con mucho enojo.—¡Qué falta de recursos ni qué niño muerto! Con los voluntarios basta y sobra. Pero,

hijo, contra traidores nada podemos, y así los vea yo podridos, y mala sarna se los coma. Hace poco estuvo aquí el malcarado y peor chapado Santorcáz, y no lo despabilé por aquello de que uno no quiere meter bulla en estas ocasiones, pero...

Y dió un resoplido amenazador que anunciaba exterminadores proyectos contra los enemigos de la patria.

—¿Y á qué vino acá ese charlatán embaucador?

—A buscarte, muchacho. ¡Sabes que debes andarte con cuidado! Cuando le dijimos que no estabas, dió la gran patá en el suelo y apretó los dientes. Venían con él Majoma, Tres Pesetas y otros perdidos que ahora le hacen la comitiva, junto con un tal Román, que fué criado de una casa rica. Este cuando oyó que no estabas y vió que Santorcáz daba aquella gran patá, le dijo: "Pues esta noche no se nos escapará.", ¿Qué tal? Mala gente es esa, Gabriel, y ya te dije que están vendidos en cuerpo y alma á los franceses. De modo que ahora hay que huir de ellos como de la sarna, porque los meterán en lo que llaman pulicia, que es al modo de alguaciles, para prender al que se les antoje.

—No me prenderan á mí—dije,—por lo menos mientras sea soldado. Después de la rendición, yo buscaré medios de que no me cojan, aunque la verdad, amigo Pujitos, no sé por qué me quieren mal esos señores, ni por qué hablan de si me escaparé ó no me escaparé.

—Te digo que son malos más que Judas, y que ahora harán ellos migas con los franceses, como que todos son unos, lobos y zorros... pues, y á todo el que tengan entre ojos le molerán á palos, si no es que me le arman un trementorio de otrosis, y me lo empapelan y me lo ponen á la sombra.

—En todo eso que ha dicho el amigo Pujitos—respondí,—hay mucho de verdad. Quiera Dios no nos den que sentir esos bergantes; y si en Madrid no podemos vivir, afuera todo el mundo y combatamos allí donde sepan morir antes que rendirse á los franceses.

Levantóse el héroe, y poniéndose la mano en el pecho, hizo exclamaciones del más ardiente patriotismo, después de lo cual nos separamos.

Al avanzar la noche, la tropa de línea que estaba en los Pozos, recibió orden perentoria de internarse, y fué que cuando la junta acordó formalmente la capitulación, no queriendo el marqués de Castelar presenciar este hecho, ni tampoco que se rindiera la tropa, discurrió el escapar con ella por la puerta de Segovia, lo que verificó con toda felicidad á media noche. Solos los paisanos, ¿qué esperanza quedaba? Para que la rendición de Madrid fuera honrosa, la diplomacia, no las armas, debía hacer un esfuerzo.

Yo conté al Gran Capitán lo que pasaba, con la esperanza de que desalentado se retirase á su casa como habían hecho otros pobres veteranos, convencidos de su inutilidad. El juró y perjuró que era imposible una ca-

pitulación acordada por la junta, pero contra lo que yo esperaba, de repente dijo:

—Tengo que ir á mi casa, Gabriel; ¿quieres acompañarme?

—Al instante—le contesté

Y pedimos permiso al jefe que nos lo concedió de buen grado. Era ya muy entrada la noche.

## XX

Pronto llegamos á nuestra morada de la calle del Barquillo. Abrió mi amigo la puerta de su casa, con llave que consigo llevaba, subimos, abrió la entrada de su domicilio de la misma manera, y encontrámonos dentro de la salita, donde tantas veces me ha visto el discreto lector en compañía de mis amables vecinos. En la pared del fondo, donde desde inmemoriales tiempos tenía asiento la lanza consabida, había una especie de altarejo, sobre cuya tabla, dos velas de cera puestas en candeleros de azofar, alumbraban una imagen de la Virgen de los Dolores, un San Antonio y otros muchos santos de estampa, que de los cuatro testers habían sido descolgados para congregarlos allí. Algunas cintas y lazos á falta de flores, servían de adorno al improvisado tabernáculo, con varios jarros y cacharros antaño lujosos y bonitos, pero ya perniquebrados, mancos y heridos. Delante de todo esto, estaba el sillón de cuero, y sentada en él doña Gregoria, profundamente dormida.

La pobre mujer, que de tal modo se había rendido al cansancio, tenía la cabeza inclinada sobre el pecho, aún humedecida la cara por recientes lágrimas, y sus cruzadas manos indicaban que el sueño la había sorprendido en lo mejor de su fervorosa oración.

Quedóse suspenso el esposo al verla, y después me dijo:

—Gabriel, no hagamos ruido, porque no se despierte; que más vale que descanse la pobrecita.

Después, llegándose á una cómoda vieja que en un rincón había, añadió en voz muy baja:

—Aquí en la tercera gaveta está mi testamento, y en esta otra todo el dinero que tengo ahorrado, con el cual mi mujer puede mantenerse en lo que le quedare de vida, que no será mucho. Voy á escribir mis últimas disposiciones. No chistes, ni me repondas nada.

Y acto continuo sentóse junto á la mesilla y con una pluma de ganso mal cortada, trazó sobre un papel dos docenas de torcidas líneas.

—Aquí dispongo—añadió alzando la vista del papel,—que las misas me las digan en San Marcos, donde está enterrado D. Pedro Velarde, ese valiente entre todos los valientes. En cuanto á mis huesos, no dispongo nada, porque no sé dónde caerán.

—Todavía está usted con esas manías—dije.—Hablaré en voz alta para que despiere-

te doña Gregoria y le ponga á usted las peras á cuarto.

—No harás tal, porque te estrangularé; que no quiero que ella abandone su blando sueño para pasar amarguras. Aquí en esta primera gaveta dejo mi última disposición.

Y luego, levantándose y acercándose de puntillas á su mujer, la contempló un buen espacio, pálido y conmovido: después de un rato, llevome á la alcoba inmediata, y sentándose en la cama en sitio desde el cual, al través de la mampara medio abierta, se veía el rostro de doña Gregoria iluminado por las luces del altar, hablome así:

—Si algo enflaquece mi ánimo, es la vista de mi inocente esposa, á quien voy á dejar viuda. Te confieso que al considerar esto, se me nublan los ojos, se me oprime el corazón y estoy al punto de dar al traste con toda mi fiereza. ¿No la ves desde aquí? Parece que fué ayer cuando nos casamos; parece que no han pasado cuarenta y cinco años, y se me representa con la misma celestial figura que tenía allá por los tiempos de Maricastaña, cuando yo iba á la reja, llevándole media libra de peras en el pañuelo ó un par de mantecadas de Astorga. En todo este tiempo no me ha dado nada que sentir, y hemos vivido juntos como dos palomos, queriéndonos lo mismo que el primer día. ¿No la ves desde aquí? ¿No ves su hermosa cara tan serena y tranquila á pesar de su tristeza? Yo la estoy viendo con sus cabellos de oro, con su boquita encarnada como un casco de granada, con

sus dulces ojos azules, que al mirarte parece que se abre el cielo delante de los tuyos; estoy viendo el nácar de su tez y su airoso y gentil cuerpecito, lo mismo que su garganta alabastrina. ¡Oh, Dios mío! ¡Tan hermosa, tan buena y tan desgraciada!

Bien por efecto de la imaginación, ofuscada por aquellas palabras, bien porque la situación diese á doña Gregoria ideales encantos, lo cierto fué que á pesar de sus blancos cabellos, de su tez arrugada y de su en tantas partes notoria vejéz, la estaba viendo tan hermosa como el Gran Capitán decía. ¡Milagroso efecto del pensamiento!

—Mira, Gabriel; desde que nos vimos hace cincuenta años, nos quisimos: vernos y querernos fué todo uno, lo mismísimo que cuentan de los amantes de Teruel. Un lustro duró nuestro noviazgo, porque yo no tenía posibles; pero desde el primer día concertamos la boda. Durante aquel tiempo, ni riñas, ni bromicas, ni celillos. Nunca hemos tenido celos el uno del otro, porque desde el primer día la confianza fué nuestro norte. Todos me tenían envidia. ¡Ay! Cuando nos casamos fuimos tan felices, que no hubiéramos cambiado nuestra casa por siete imperios. Y desde entonces, hijo, esta felicidad no se ha alterado. ¡Ay! se me parte el corazón al pensar que desde mañana se acostará sola en esta cama, que por cuarenta y cinco años nos ha visto juntitos.

Al decir esto, el Gran Capitán se llevó el pañuelo á los ojos para secar sus lágrimas.

—Vamos, amigo—le dije;—de veras no sé si reirme ó enfadarme, oyendo lo que usted dice. ¿Está loco por ventura?

—Si tú no comprendes esto—me contestó,—es porque eres un simplón y un majadero egoísta. ¿Tú sabes lo que significa cumplir uno con su deber? ¿Tú sabes lo que significa el honor? Y si sabes todo esto, ¿ignoras lo que es la honra de la patria, que vale más que la propia honra? Escúchame bien: si me causa angustia y pesar la consideración de la viudez de Gregorilla, mayor, mucho mayor pena me causa el considerar que la capital de España se entrega á los franceses. Esto es terrible, esto es espantoso, y no vacilaría dar mil vidas y en sufrir todos los tormentos por impedirlo. ¡España vencida por Francia! ¡España vencida por Napoleón! Esto es para volverse uno loco; ¡y Madrid, Madrid, la cabeza de todas las Españas, en poder de ese perdido! De modo que una nación como esta, que ha tenido debajo de la suela del zapato á todas las otras naciones, y especialmente á Francia; de modo que esta nación que antes no permitía que en la Europa se dijera una palabra más alta que otra, ¿ha de rendirse á cuatro troneras hambrones? ¿Cómo puede ser eso? Eche usted á los moros, descubra y conquiste usted toda la América, invente usted las más sabias leyes, extienda usted su imperio por todo lo descubierto de la tierra, levante usted los primeros templos y monasterios del mundo, someta usted pueblos, conquiste ciudades,

reparta coronas, humille países, venza naciones, para luégo caer á los piés de un mirable emperadorcillo salido de la nada, tramposo y embustero. Madrid no es Madrid si se rinde. Y no me vengan acá con que es imposible defenderse. Si no es posible defenderse, deber de los madrileños es dejarse morir todos en estas fuertes tapias, y quemar la ciudad toda, como hicieron los numantinos. ¡Ay! todos mis compañeros se han portado cobardemente. España está deshonrada, Madrid está deshonrado. No hay aquí quien sepa morir, y todos prefieren la mísera vida al honor.

—Pero cuando no se puede triunfar—le dije,—es una temeridad seguir pelando, y más vale guardar la vida para emplearla con éxito en mejor ocasión.

—¡Simplezas y tonterías! El honor mandaba á los madrileños morir antes que rendirse, y el honor nos manda á los de la puerta de los Pozos, que muramos todos allí antes que entregarla.

—Pues no creo que estén dispuestos á ello.

—Pues yo lo estoy, porque mi conciencia, que es la voz de Dios, me lo manda. Se rendirá la puerta; pero el jardín de Bringas está bajo mi mando, y el que quiera entrar en él pasará sobre mi cadáver.

—¡Temeridad loca y hasta ridícula!

—Así será para los que no tienen idea de la honra de la patria, y para los que no ven nada más allá de esta ruín existencia, ni nada más allá del pan que comen todos los días.



—Entregarse de ese modo á la muerte es un suicidio, y el suicidio es un gran pecado.

—No es suicidio, no. La ley ineludible de la patria me ha puesto en un lugar que debo defender, aun á costa de la vida. ¿Que vienen fuerzas superiores? ¡Pues vengan! La patria me manda esperar tranquilo, y la ley me veda el apartar los piés de aquel sitio. ¿No morían los mártires por la religión? Pues la patria es una segunda religión, y antes que faltar á su ley, el hombre debe morir. ¿Y qué es la muerte? Los necios se asustan de la muerte, porque la muerte les quita el comer y el gozar. ¡Mentecatos! ¿Por ventura, no son mejor comida y mejor goce los de la bienaventuranza eterna? Ve ahí á mi esposa. Cierto que me aflige dejarla; pero sé que la perderé de vista tan sólo por algún tiempo, y que sus virtudes la llevarán luego á donde la tenga delante de mis ojos durante todas las eternidades, sin cuya compañía creo que el mismo cielo me sería fastidioso. ¡Morir! ¡Ahí es gran cosa morir, y apañado tienes el ojo! ¿Pues acaso el morir es mal que puede compararse siquiera al dolor de un rasguño en la tierra? Y si el morir no es nada para el miserable cuerpo, ¡cuán grande y fausto suceso no es para nuestra alma, mayormente si por la nobleza de nuestro fin nos empingorotamos sobre todas las cosas nacidas! ¡Morir por la patria, morir en el puesto que á uno le marca su deber, morir, no por conquistar un pedazo de tierra, ni por un cacho de pan, ni por una baja

ambición, sino por una cosa que no se ve, ni se toca, cual es una idea y un sentimiento puro! ¿No es equipararnos á los santos del cielo y acercarnos á Dios todo lo que acercarse puede una criatura?

Dicho esto, calló. No le contesté nada, porque tanta grandeza me tenía anonadado.

Al cabo de un buen espacio volvimos de la alcoba á la sala; acercóse él con pasos muy quedos á doña Gregoria, y le dió muchos besos, tan en flor por no despertarla, que apenas tocaban sus labios el arrugado cutis de la anciana.

Luégo enjugóse las lágrimas, y dirigiendo una mirada en redondo á todos los objetos de la sala, me dijo con voz grave y entera:

—Gabriel, vamos.

## XXI

No valían razones contra él, y cuanto yo pudiera decirle habría sido predicar en desierto, razón por la cual determiné cesar en mi obstinación, reservándome el emplear después cualquier estratagema para impedir una desgracia. Como durante la visita á la casa había transcurrido mucho tiempo, cuando salimos principiaba ya á clarear la aurora, y advirtiéndolo por las calles más gente de la que en tales horas suele encontrarse, nos fuimos á curiosear un poco, antes de vol-